

CANONIZACIÓN DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

CRÓNICA DE LA CEREMONIA DE CANONIZACIÓN.

El 6 de octubre, XXVII domingo del tiempo ordinario, el Papa Juan Pablo II canonizó al presbítero Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei —beatificado el 17 de mayo de 1992—, en la plaza de San Pedro, que estaba adornada con miles de flores, traídas en su mayoría de Ecuador.

Una inmensa asamblea, compuesta por más de trescientos mil peregrinos de diversas lenguas, razas, culturas y tradiciones, procedentes de ochenta y cuatro naciones de todos los continentes, llenaba las plazas de San Pedro y Pío XII, la vía de la Conciliación hasta el castillo del Santo Ángel y las calles adyacentes; los grupos más numerosos eran los de España, cerca de cien mil, y los de Italia, otros tantos. Para seguir mejor la ceremonia se montaron nueve pantallas gigantes de televisión.

Concelebraron con Su Santidad doce cardenales, entre ellos Angelo Sodano, secretario de Estado; Camillo Ruini, vicario del Papa para la diócesis de Roma, donde murió el santo; y Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia episcopal española (en la capital de España nació la Obra); numerosos arzobispos y obispos (varios pertenecientes a la Obra), entre ellos mons. Javier Echevarría Rodríguez, prelado de la prelatura personal de la Santa Cruz y del Opus Dei; mons. Juan José Omella, obispo de Barbastro-Monzón, donde nació el santo en 1902; mons.

Fernando Sebastián Aguilar, c.m.f., arzobispo de Pamplona, sede de la Universidad de Navarra, la primera que promovió mons. Escrivá; y sacerdotes de la Prelatura personal. Asistieron a la concelebración otros treinta y tres cardenales y más de cuatrocientos obispos, de ellos sesenta españoles, sesenta italianos, cincuenta de doce países africanos y muchísimos latinoamericanos, en especial de Argentina, Chile, Colombia, México y Perú. En lugares especiales se hallaba el Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede.

La delegación de España estaba presidida por la ministra de Asuntos exteriores, Ana Palacio, y el ministro de Justicia, José María Michavilla, acompañados por veinte personas. La delegación de Italia estaba encabezada por el vicepresidente del Gobierno, Gianfranco Fini, con un séquito de veinte personas, varios ministros y subsecretarios. Asimismo, había delegaciones oficiales de Andorra, Angola, Bolivia, Ecuador, Filipinas, Guatemala, Honduras, Kenia, Nicaragua, Panamá, Perú, República Dominicana, El Salvador y la Soberana Orden Militar de Malta.

Los fieles se prepararon a la ceremonia con oraciones, cantos y lecturas de pensamientos espirituales del nuevo santo, realizadas en italiano, inglés, francés, español y alemán.

El Santo Padre llegó a la plaza a las diez de la mañana. Al comienzo de la ceremonia de canonización, el prefecto de la Congregación para las causas de los santos, cardenal José Saraiva Martins, c.m.f., acompañado del postulador de la causa, mons. Flavio Capucci, de la prelatura personal de la Santa Cruz, postuló la canonización del beato y leyó una breve biografía. A continuación, se cantaron las letanías de los santos. Fue grande el silencio mientras el Papa pronunciaba la fórmula de canonización, y cuando terminó se escuchó un interminable aplauso agradecido de la inmensa asamblea. Siguió el canto del Amén, Aleluya, y «Tibi laus, Domine, tibi

gloria...», mientras se depositaban la reliquia, unas velas y unas flores junto al altar. El cardenal Saraiva se acercó de nuevo al Romano Pontífice para darle las gracias por la canonización y le rogó dispusiera que se redactara la carta apostólica correspondiente. La primera lectura se proclamó en español, la segunda en inglés, el evangelio en latín y en griego; el salmo responsorial se cantó en latín. En el ofertorio, además del pan y el vino, ofrecieron otros dones, entre ellos una casulla, una capa pluvial, dos dalmáticas, una mitra, un servicio completo del altar, un cáliz, un copón y una concha de plata para la administración del sacramento del bautismo. El servicio litúrgico corrió a cargo del Colegio eclesiástico internacional «Sedes Sapientiae». Cantaron el coro de la capilla Sixtina, dirigido por el maestro Giuseppe Liberto; el coro guía «Mater Ecclesia»; el coro del Pontificio Colegio griego y 1.200 voces de coros del Opus Dei, dirigidas por sor Cecilia Stiz. Distribuyeron la comunión a la inmensa asamblea mil cuarenta sacerdotes. Ofrecemos en la página 5 el texto de la homilía pronunciada por el Vicario de Cristo.

Al final de la misa, antes del rezo del Ángelus, el Santo Padre pronunció la alocución que publicamos en la página 1. Concluida la celebración, Su Santidad saludó a los miembros de las delegaciones. Luego subió en el coche panorámico y, juntamente con el prelado del Opus Dei, al que invitó a acompañarlo, recorrieron no sólo la plaza, sino también toda la vía de la Conciliación, saludando a los peregrinos.

EL SECRETO DE LA SANTIDAD

En la ceremonia participaron más de trescientos mil fieles procedentes de todos los continentes.

1. «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (Rm 8, 14). Estas palabras del apóstol san Pablo, que acaban de resonar en nuestra asamblea, nos ayudan a comprender mejor el significativo mensaje de la canonización de, Josemaría Escrivá de Balaguer, que celebramos hoy, El se dejó guiar dócilmente por el Espíritu, convencido de que sólo así se puede cumplir plenamente la voluntad de Dios.

Esta verdad cristiana fundamental era un tema recurrente de su predicación. En efecto, no dejaba de invitar a sus hijos espirituales a invocar al Espíritu Santo para hacer que la vida interior, es decir, la vida de relación con Dios y la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas, no estuvieran separadas, sino que constituyeran una sola existencia «santa y llena de Dios». «A ese Dios invisible —escribió— lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» (Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer, n. 114).

También hoy esta enseñanza suya es actual y urgente. El creyente, en virtud del bautismo, que lo incorpora a Cristo, está llamado a entablar con el Señor una relación ininterrumpida y vital. Está llamado a ser santo ya colaborar en la salvación de la humanidad.

2. «Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase» (Gn 2, 15). El libro del Génesis, como hemos escuchado en la primera lectura, nos recuerda que el Creador ha con-fiado la tierra al hombre, para que la «labrase» y «cuidase». Los creyentes,

actuando en las diversas realidades de este mundo, contribuyen a realizar este proyecto divino, universal. El trabajo y cualquier otra actividad, llevada a cabo con la ayuda de la gracia, se convierten en medios de santificación cotidiana.

«La vida habitual de un cristiano que tiene fe —solía afirmar Josemaría Escrivá—, cuando trabaja o descansa, cuando reza o cuando duerme, en todo momento, es una vida en la que Dios siempre está presente» (Meditaciones, 3 de marzo de 1954); Esta visión sobrenatural de la existencia abre un horizonte extraordinariamente rico de perspectivas salvíficas, porque, también en el contexto sólo aparentemente monótono del normal acontecer terreno, Dios se hace cercano a nosotros y nosotros hemos cooperar a su plan de salvación. Por tanto, se comprende más fácilmente lo que afirma el concilio Vaticano II, esto es, que «el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la construcción del mundo (...), sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber» (Gaudium et spes, 34).

3. Elevar el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro: he aquí el ideal que el santo fundador os indicó, queridos hermanos y hermanas que hoy os alegráis por su elevación a la gloria de los altares. Él continúa recordándoos la necesidad de no dejaros atemorizar ante una cultura materialista, que amenaza con disolver la identidad más genuina de los discípulos de Cristo. Le gustaba reiterar con vigor que la fe cristiana se opone al conformismo ya la inercia interior.

Siguiendo sus huellas, difundid en la sociedad, sin distinción de raza, clase, cultura o edad, la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad. Esforzaos por ser santos vosotros mismos en primer lugar, cultivando un estilo evangélico de humildad y servicio, de abandono en la Providencia y de escucha constante de la voz del Espíritu. De

este modo, seréis «sal de la tierra» (cf. Mt 5, 13) y brillará «vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16).

4. Ciertamente, no faltan incomprendiones y dificultades para quien intenta servir con fidelidad a la causa del Evangelio. El Señor purifica y modela con la fuerza misteriosa de la cruz a cuantos llama a seguirlo; pero en la cruz —repetía el nuevo santo— encontramos *luz, paz y gozo: lux in cruce, requies in cruce, gaudium in cruce!*

Desde que el 7 de agosto de 1931, durante la celebración de la santa misa, resonaron en su alma las palabras de Jesús: «Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32), Josemaría Escrivá comprendió más claramente que la misión de los bautizados consiste en elevar la cruz de Cristo sobre toda realidad humana y sintió surgir de su interior la apasionante llamada a evangelizar todos los ambientes. Acogió entonces sin vacilar la invitación hecha por Jesús al apóstol Pedro y que hace poco ha resonado en esta plaza: «*Duc in altum!*». Lo transmitió a toda su familia espiritual, para que ofreciese a la Iglesia una aportación válida de comunión y servicio apostólico. Esta invitación se extiende hoy a todos nosotros. «Rema mar adentro -nos dice el divino Maestro- y echad las redes para la pesca» (Lc 5, 4).

5. Pero para cumplir una misión tan ardua hace falta un incesante crecimiento interior alimentado por la oración. San Josemaría fue un maestro en la práctica de la oración, que consideraba una extraordinaria «arma» para redimir al mundo. Recomendaba siempre: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy “en tercer lugar”, acción» (Camino, n. 82). No es una paradoja, sino una verdad perenne: la fecundidad del apostolado reside, ante todo, en la oración y en una vida

sacramental intensa y constante. Este es, en el fondo, el secreto de la santidad y del verdadero éxito de los santos.

Que el Señor, queridos hermanos y hermanas, os ayude a recoger esta exigente herencia ascética y misionera. Os sostenga María, a quien el santo fundador invocaba como *Spes nostra, Sedes Sapientiae, Ancilla Domini*.

Que la Virgen haga de cada uno un testigo auténtico del Evangelio, dispuesto a dar en todo lugar una generosa contribución a la construcción del reino de Cristo. Que nos estimulen el ejemplo y la enseñanza de san Josemaría para que, al final de la peregrinación terrena, participemos también nosotros en la herencia bienaventurada del cielo. Allí, juntamente con los ángeles y con todos los santos, contemplaremos el rostro de Dios, y cantaremos su gloria por toda la eternidad.

SAN JOSEMARÍA ESCRIBA FUE ELEGIDO POR EL SEÑOR PARA ANSIAR LA LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD.

El lunes 7 de octubre, la mayoría de los peregrinos que habían participado en la canonización del beato Josemaría Escrivá de Balaguer se dieron cita en la plaza de san Pedro para una misa de acción de gracias presidida por mons. Javier Echevarría Rodríguez, obispo titular de Cilibia y prelado de la prelatura personal de la Santa Cruz y del Opus Dei. Concluida la eucaristía, Juan Pablo II bajó a la plaza y tras escuchar las palabras que le dirigió el prelado, pronunció en italiano, español, inglés y francés el discurso que ofrecemos en esta misma página. Durante su permanencia en Roma, los

peregrinos participaron también en otras misas de acción de gracias, por nacionalidades, celebradas en veintinueve iglesias romanas y presididas por diferentes obispos.

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Con alegría os dirijo mi cordial saludo, al día siguiente de la canonización del beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Agradezco a monseñor Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, las palabras con que se ha hecho intérprete de todos los presentes. Saludo con afecto a los numerosos cardenales, obispos y sacerdotes que han querido participar en esta celebración.

Para este encuentro festivo se ha reunido una gran multitud de fieles, procedentes de numerosos países y pertenecientes a los ambientes sociales y culturales más diversos: sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, intelectuales y artesanos. Es un signo del celo apostólico que ardía en el alma de san Josemaría.

2. En el fundador del Opus Dei destaca el amor a la voluntad de Dios. Existe un criterio seguro de santidad: la fidelidad en el cumplimiento de la voluntad divina hasta las últimas consecuencias. El Señor tiene un proyecto para cada uno de nosotros; a cada uno confía una misión en la tierra. El santo no logra ni siquiera concebirse a sí mismo fuera del designio de Dios: vive sólo para realizarlo.

San Josemaría fue elegido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que la vida de todos los días, las actividades comunes, son camino de santificación. Se podría decir que fue el santo de lo ordinario. En efecto, estaba convencido de que, para quien vive en una perspectiva de fe, todo ofrece ocasión de un encuentro con Dios, todo se convierte en estímulo para la oración. La vida

diaria, vista así, revela una grandeza insospechada. La santidad está realmente al alcance de todos.

3. Escrivá de Balaguer fue un santo de gran humanidad. Todos los que lo trataron, de cualquier cultura o condición social, lo sintieron como un padre, entregado totalmente al servicio de los demás, porque estaba convencido de que cada alma es un tesoro maravilloso; en efecto, cada hombre vale toda la sangre de Cristo. Esta actitud de servicio es patente en su entrega al ministerio sacerdotal y en la magnanimidad con la cual impulsó tantas obras de evangelización y de promoción humana a favor de los más pobres.

El Señor le hizo entender profundamente el don de nuestra filiación divina. Él enseñó a contemplar el rostro tierno de un Padre en el Dios que nos habla a través de las más diversas vicisitudes de la vida. Un Padre que nos ama, que nos sigue paso a paso y nos protege, nos comprende y espera de cada uno de nosotros la respuesta del amor. La consideración de esta presencia paterna, que la acompaña a todas partes, le da al cristiano una confianza inquebrantable; en todo momento debe confiar en el Padre celestial. Nunca se siente solo ni tiene miedo. En la cruz —cuando se presenta— no ve un castigo sino una misión, confiada por el mismo Señor. El cristino es necesariamente optimista, porque sabe que es hijo de Dios en Cristo.

4. San Josemaría estaba profundamente convencido de que la vida cristiana entraña una misión y un apostolado: estamos en el mundo para salvarlo con Cristo. Amó apasionadamente el mundo, con un «amor redentor» (cf. Catecismo de la Iglesia católica, n. 604). Precisamente por eso, sus enseñanzas han ayudado a tantos fieles a descubrir la fuerza redentora de la fe, su capacidad de transformar la tierra.

Este mensaje tiene numerosas implicaciones fecundas para la misión evangelizadora de la Iglesia. Fomenta la cristianización del mundo «desde dentro», mostrando que no puede haber conflicto entre la ley divina y las exigencias del auténtico progreso humano. Este sacerdote santo enseñó que Cristo debe ser la cumbre de toda actividad humana (cf. Jn 12, 32). Su mensaje impulsa al cristiano a actuar en lugares donde se está forjando el futuro de la sociedad. De la presencia activa de los laicos en todas las profesiones y en las fronteras más avanzadas del desarrollo sólo puede derivar una contribución positiva para el fortalecimiento de la armonía entre fe y cultura, que es una de las mayores necesidades de nuestro tiempo.

5. San Josemaría Escrivá dedicó su vida al servicio de la Iglesia. En sus escritos, los sacerdotes, los laicos que siguen los caminos más diversos, los religiosos y las religiosas encuentran una fuente estimulante de inspiración. Queridos hermanos y hermanas, al imitarlo con una apertura de mente y de corazón, dispuestos a servir a las Iglesias locales, contribuí a fortalecer la «espiritualidad de comunión» que la carta apostólica *Novo millennio ineunte* indica como uno de los objetivos más importantes para nuestro tiempo (cf. nn. 42-45).

Me complace concluir refiriéndome a la fiesta litúrgica de hoy, Nuestra Señora del Rosario. San Josemaría escribió un hermoso opúsculo titulado «Santo rosario», que se inspira en la infancia espiritual, disposición del alma propia de quienes quieren llegar a un abandono total a la voluntad divina. De todo corazón os encomiendo a la protección materna de María a todos vosotros, así como a vuestras familias y vuestro apostolado, agradeciándoos vuestra presencia.

6. Doy las gracias una vez más a todos los presentes, especialmente a los que han venido de lejos, Queridos hermanos y hermanas, os invito a dar por doquier un

testimonio luminoso de fe, según el ejemplo y la enseñanza de vuestro santo fundador. Os acompaño con mi oración y os bendigo de corazón a vosotros, a vuestras familias y vuestras actividades.

Mensaje de la Comisión Episcopal
 de Pastoral Social

Festividad del Corpus Christi
 Día de la Caridad
 (2 de Junio de 1983)

Nuestra Iglesia celebra hoy la solemnidad del Cuerpo y de la Sangre del Señor, la festividad del Corpus Christi. Se trata de una fiesta instituida hace siglos para testimoniar públicamente la fe en la verdadera y consoladora presencia de Cristo Agnus Dei en la Eucaristía, mediante adoración y, en medio de las calles y las plazas, expresar nuestro amor, queriendo que Él es el centro de la vida cristiana.

Conferencia Episcopal Española

Eucaristía y Caridad

Esta solemnidad es una ocasión privilegiada para recordar el misterio de la Eucaristía, "el Mysterium de nuestra fe", como proclamamos en la Misa. Cristo, en su presencia eucarística, permanece en medio de nosotros como quien nos ama y se entregó por nosotros (Cf. Gal 2,20) y se queda bajo los signos que expresan y comunican ese amor. Su Cuerpo entregado y su Sangre derramada continúan haciendo presente hasta el final de los tiempos, por medio del Sacramento, la eficaz presencia de este amor eterno. A la vez constituyen la referencia de la vida cristiana para todo el pueblo que ha de hacer de su vida una ofrenda de amor.